

Beatriz de la Fuente: una vida en la enseñanza

María Elena Ruiz Gallut
Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM

“La realidad que el hombre es capaz de captar
es una interpretación de la realidad.”

Paul Westheim

Contra el verde húmedo y caliente, la gran masa pétreo, la enorme cabeza, recordaba su silueta y estaba allí, sin cuerpo frente a ella. Mientras la selva levantaba sus aromas, la *otredad*, espejo distorsionado en que nos miramos, imponía de golpe su presencia, y ese *otro*, aquel que nos permite fugazmente reconocer en él una parte nuestra, se erguía delante suyo casi sin proporción. Por unos instantes, su aliento fluyó profundo y despacio, envuelto por perfumes nuevos.

Entonces, en una lectura pausada, quiso repasar las facciones del inmutable rostro: los labios gruesos, la nariz ancha y corta, la pupila dilatada en unos ojos cuya vista de tiempo y roca se detenía en el infinito, mientras los suyos, color jade, se atrevían a asomar sus inquietudes en el laberinto-callejón de lo que ya no es. De pronto, el asombro desató las cadenas. Cuántas preguntas detenidas en la garganta, cuántas respuestas suspendidas en los muros mutilados, diluidas en los trazos de color o aferradas a las formas modeladas de barro-hombre-animal-piedra, en las que se esconde parte de una historia colectiva, intento desesperado, también, de la permanencia individual de la obra de arte.

Ser yo el otro, ser simultáneamente tú y yo, nosotros y ellos, ellas. Poder despertar las voces dormidas en los letargos de un inconsciente lejano y aparentemente ausente, donde la búsqueda por recuperarlo encuentra caminos sin andar, que se muestran muchas veces confusos. Preguntar y volver a preguntar. *Acercarse y mirar*. Ésta era la forma.

Los largos cuestionamientos trajeron entonces imágenes más claras. En los afanes del entendimiento, el volumen de piedra rompió su silencio simulado y, del tiempo en que los hombres entendían al mundo de distinta forma, llegaron a ella poco a poco las voces profundas de su interior, transformadas en líneas, volúmenes y espacios. Tras los sonidos aislados de las primeras notas, una sinfonía nueva desplegó sus acordes armónicos para mostrarse auténtica e irrepetible. El tesoro

ro descubría sus luces más íntimas y los hombres y mujeres que lo labraron, *custodios invisibles*, se hicieron presentes.

A cada paso seguía la visión de aquellos que de antiguo desarrollaron ciudades, construyeron templos y se encontraron a sí mismos en las imágenes pintadas de dioses y gobernantes. Ellos, que hicieron la música de caracoles y trompetas, que bailaron en las plazas habitadas de espíritus, y que acercaron a su vida la noche, las estrellas, los movimientos y el sonido del jaguar.

Ahí estaban el Monstruo de la Tierra, la Ceiba Sagrada y la Serpiente del Cielo. Ahí también la sensualidad y capricho de las formas palencanas, que como manifiesto natural de los umbrales de la selva, se mostraban perfectas deslizándose en la suavidad del estuco.

En contraste, el sonido de tambores-cascabeles, vientos imperiales, surgía de la rigidez y fuerza mexicana, mientras más allá, un aparente descanso lúdico jugaba su papel, en la armonía rítmico-geométrica de los frisos mixtecos.

En la apoteosis de la transformación, la mariposa teotihuacana había transmutado su condición terrestre para convertirse en un ser aéreo y completar la dualidad, esencia filosófica del equilibrio, de la misma manera que el pregonero del alba, Venus-Quetzalcóatl-aire-tierra había viajado a otra región del firmamento para anunciar la oscuridad, casa de las estrellas.

Día y noche, calor y frío, opuestos infinitos, contrarios que se multiplican y complementan para ser finalmente unidad. La vida se explica en su contraparte más dramática, la muerte, continuación natural de esencias, sobre las que se tejen los mantos de dioses, se recrean los lugares sagrados, los actos primeros y se borдан y tiñen los mitos para repetirse hacia la eternidad.

Los abuelos, los ancestros, aquellos que fueron antes que nosotros, reiteraban los rituales para pronunciarse en pos de una memoria que supuso pasados comunes e inalterables. Ellos, junto con los dioses, son los sabios. Son esos que intercambian máscaras, que disimulan identidades secretas y disfrazan sus corazones de nubes y montañas, de aves y felinos. Nuestros señores espíritus de lluvia y trueno, de alba y noche. Los que son seguidos por las estrellas, por los colibríes, los que pueden ser nahuales.

Para que pudiésemos distinguir nuestras sombras decidieron, en los avatares de sus faenas, crear un mundo claro, y del fuego divino emergieron así los hermanos de luz, iguales de parte, él Sol y Luna ella. Él rayos, ella conejo, él calor, ella bebida que embriaga y prepara el corazón.

Ellos, los dioses, ocupan cada uno su lugar en los estratos del universo, arriba y por debajo de donde pisamos esta tierra, que se puebla también por ellos de alientos y cantos, de flores, de reptiles y por este hombre, creación divina de maíz y de barro.

Así, bajo el ojo escrutador de las deidades, fluye el pulso imperturbable del tiempo-calendario, pulso rítmico que une devenires sagrados y profanos. Lo que es será igual a lo que fue, en un eterno fue-es-será-fue.

Los ciclos se suceden —o se rompen sin misericordia— por los designios superiores, destino el nuestro miserable, sujeto a las voluntades y vacilaciones ajenas. Son los tiempos de dioses, en donde el juego mortal apuesta su supervivencia al acto sublime de la profanación del cuerpo, *savia sacra*, sangre que entrega, que riega, corazón vivo arrancado de golpe para su muerte. Acción que permite a los elegidos, los sacerdotes, transitar los caminos interiores para conocer, para hablar de los mundos que integran al mundo.

Afuera, el tiempo grande gira atrapado en sus propias ruedas, que apuntan y distinguen ceremonias y fiestas, las mayores, las menores.

Es el tiempo ahora de la fe y las plegarias, de la superstición, de los intentos cotidianos por reconocernos en lo pasajero y restablecernos en el pensamiento onírico de lo que permanece. En este intento nos hemos retratado y nuestros sueños han hablado en el barro y en la piedra. Hemos construido las plazas y pórticos, las calzadas, calles y pirámides, cortando, midiendo, modelando en ciudades el espacio de valles y selvas. Los estucos, los dinteles y los tableros esculpidos se cobijaron en nuestros nichos, se mostraron altivos y vigilantes en los umbrales y en las esquinas de nuestros templos, mientras los muros pintados presumían su policromía de signos y mensaje, testimonio de nuestros linajes divinos, de nuestro pasado celeste.

La doctora De la Fuente en 1984, cuando era directora del Instituto de Investigaciones Estéticas.
Foto: Rafael Rivera.



La homenajeadada en su casa en 1985.
Foto: Paulina Lavista.



En estas imágenes somos, dijeron los hombres y mujeres, en estos recintos estuvimos. Nuestros sueños, nuestros miedos y nuestras luchas se han entrettejido en las epopeyas de nuestra historia.

Y nuestras voces podrán escucharse siempre, nuestros pasos seguirse. Así, estamos presentes. Pero nos hacemos fuertes y cobramos vida a través de aquellos que se acercan más, de los otros sabios, los que saben mirar, asomarse a los corazones. Porque sabios son, *maestros*, porque manejan las tintas, la roja, la negra, los que saben hacer las preguntas, los que encuentran las respuestas correctas.

Ellos, *los maestros*, conocen que en este devenir y en los tiempos de cada actor, dioses, hombre y naturaleza, entonces como hoy, cada uno cumple una misión para que el equilibrio sea, para que las herencias de conocimiento se retomen y transmitan, para que podamos permanecer a través suyo. El orden está dado.

La mujer, la *maestra*, miró nuevamente la imagen de piedra. Ahora frente a ella, rostro y selva guardaron silencio respetuoso por unos momentos. Treinta siglos habían mostrado sus raíces profundas, fortalecidas ante la presencia de un espíritu, *corazón de yax, chalchihuite precioso*, heredero que comprendía su misión, que se miraba a sí mismo siendo parte de esos *otros*, de esas *otras*. Esto es como un espejo doble en que me miro, pensó finalmente. Detrás y delante, imagen interminable, sólo el hombre.

Las ruedas del tiempo de afuera, el tiempo de los hombres, han girado más de dos katunes desde que Beatriz de la Fuente supo que tenía que *acercarse y mirar*. Su tiempo se ha engranado con el tiempo de los dioses, porque lo que se mira con el corazón lo trasciende, para convertirse al fin en enseñanza que fluye hacia las mentes abiertas al legado sabio, a la conducción que señala los caminos y advierte los tropiezos.

Los esmeros de su búsqueda pusieron atención por unos momentos en el arte del hombre cercano, el contemporáneo, ese que puede reflejarnos realidades más palpables en las que identificarnos. Así recibieron su conocimiento e inquietudes los discípulos de la Universidad Iberoamericana y de la Universidad Anáhuac.

Sin embargo, aquellas raíces que habían quedado al descubierto se habían adentrado quedando aferradas en tierra fértil.

Los lazos estaban tendidos, los compromisos asumidos y los senderos vislumbrados. El hombre antiguo de nuestro país se había mostrado ante ella con toda la fuerza y capacidad de traspasar selvas y montañas, de resumir tiempos y de sumar espíritus en la religiosa tarea de encontrar y transmitir el conocimiento hallado.

Así, a causa suya, las voces antiguas han resonado en nuestra casa, nuestra Universidad Nacional, y por más de cuatro décadas se han escuchado en la voz de la doctora De la Fuente, haciéndose presentes en los muchos cursos, en los seminarios, en los diplomados. Los que hemos aprendido de ella, hemos calzado sandalias para caminar juntos, de las aulas universitarias a los cielos estrellados del Usumacinta y del Petén, donde las formas de piedra labrada se atreven a romper los fondos de madera y jade. Juntos para andar la Calle de los Muertos en

Beatriz de la Fuente en el estudio de su casa, 1996.

Foto: Juan Carlos Villavicencio.



En la inauguración del coloquio celebrado en su honor,

6 de febrero, 2002. Foto: Eumelia Hernández.



Teotihuacán y descubrir el escenario sagrado, donde la montaña se disfraza de templo, para bajar las escalinatas hacia los aposentos oaxaqueños, donde silencio-muerte encuentran lugar para los cantos y plegarias de vida. Juntos para presenciar las hierofanías, repetición eterna de luz en movimiento. Maestra y alumnos hemos ido juntos de la mano para analizar, para juzgar, para ensayar los métodos descubiertos, las maneras de aproximarse, para aguzar los ojos en la noche de lo que no se comprende y recibir con la emoción que permite estallar lágrimas, aquello que miramos claro al final del camino.

Como *maestra*, dos características que la definen cual atavíos preciosos: su sabiduría y su generosidad.

En su don de la sabiduría ha sido dirección y luz de más de cuarenta investigaciones de tesis, la gran mayoría de maestría y doctorado, de quienes nos hemos atrevido a andar, adentrándonos en la búsqueda de ese hombre, transformado y expresado por mano propia en su arte.

Así, los temas de los trabajos de posgrado que ha dirigido abarcan un amplio abanico en la historia del arte prehispánico y antiguo de México, que se ejemplifica aquí en los análisis que van desde las esculturas de El Zapotal al jaguar en la plástica del Altiplano, de las inscripciones de Tortuguero a las pinturas rupestres de Baja California, de la cerámica de Chalcatzingo a la escultura mexicana, del lenguaje visual en la pintura mural de Teotihuacán a las imágenes de El Tajín en visperas del Clásico Tardío, al trabajo de oro en Oaxaca prehispánica y a las representaciones pictóricas del área maya.

Como los sabios, los observadores, ha planteado en sus seminarios las preguntas, surgidas de los muchos encuentros con las obras de arte prehispánico y del reconocimiento de su amplio abanico de metáforas y señales: cómo ver, cómo apreciar, cómo aproximarse, cuáles son los conceptos fundamentales, los juicios estéticos que permitan entender y valorar. Así los temas, objeto de sus enseñanzas, de los cuales me permito hacer referencia aquí sólo de algunos:

- Xiuhtecuhtli y Huehuetéotl: aproximación a su identidad en fuentes del siglo XVI, en códices y esculturas.
- Métodos para el estudio de la iconografía prehispánica.
- Estudio de forma y percepción en esculturas mexicanas de animales.
- Análisis iconográfico en deidades ígneas prehispánicas de Oaxaca, del Altiplano Central y de la Zona Maya.
- La pintura mural en Teotihuacán.
- Obras maestras en el arte prehispánico.
- Las aves en la plástica prehispánica.
- Análisis y crítica metodológica sobre algunos textos en torno a la escultura mexicana.
- La iconografía aplicada a la pintura de códices.

De su otro don, su espíritu generoso, todos tenemos un regalo. Ella ha sabido dar, como mano dadivosa que esparce, conocimiento y luz cuando las preguntas se detienen, cuando parecen callar las inquietudes que dormitan un sueño

cansado, que obliga a entornar los ojos. Ella entonces, como Quetzalcóatl, *produce vientos, hace remolinos, hace echar hojas a las plantas, las hace echar brote.*

Generosa y sabia, Beatriz de la Fuente, nuestra maestra, como el *tlacuilo*, pintor prehispánico, *entendido dios en su corazón*, ha dibujado, trazado las líneas en las páginas de muchas historias, que escriben y pronuncian ahora su nombre para retomar los caminos, escuchar las voces y, como ella, *acercarse y mirar.*

Puedo decir que estoy orgullosa de hablar de mi maestra, porque ser alumna de Beatriz de la Fuente deja una huella profunda que se convierte en reto, marca que ahonda en el espíritu para despertar los asombros, para tocar emociones y sensibilidades dormidas en los recodos del tiempo. Puedo decir que ser alumna de Beatriz de la Fuente es el compromiso personal frente a un ejemplo de voluntad, de constancia, de amor a esas raíces que se manifiestan y se hacen presentes en el imaginario vertiginoso del arte prehispánico.

Tengo la fortuna de hablar en nombre de mis compañeros discípulos, y mis palabras se convierten en una sola voz para decir: Hoy es tiempo de fiestas. Pronto, aderezad a dioses y doncellas, traed los incensarios. Hay que encender las teas, preparar los templos. Que el aroma del copal quemado abra espíritus y corazones. ¡Que toquen las flautas y los tambores, que suenen las sonajas y que el sonido-viento de los caracoles alcance las esquinas, los cuatro rumbos del universo para anunciar este día señalado!

Que los poemas y canciones se tornen para ella, Beatriz, en esculturas, en figurillas de barro. Que los muros vistan imágenes y colores, que los pensamientos nuestros se escriban en los códices para crear esta realidad que creemos, que inventamos nueva, diferente, realidad que pueda ser vista, leída con su mirada transparente, transmitida por sus palabras sabias y recordada y aprehendida por su fortaleza espiritual.